

LA CARIDAD.

AÑO 1.

SAN SALVADOR, JUNIO 22 DE 1884.

NUM. 17.

Parte tu pan con el necesitado; entonces ruega al Señor, y te oirá. Pero cuando hagas limosna no toques la bocina, como hacen los hipócritas para que los honren: no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. (Isai, 58, 7. Dan 4, 24.)

CONDICIONES

Este periódico sale cada dos domingos. El precio de suscripción es de cinco reales, por la serie de doce números. Para todo lo concerniente á los abonos, dirigirse al Secretario de la Junta de Caridad. El producto de las suscripciones, se invierte exclusivamente en los pobres del Hospital general de esta ciudad.

CLASICISMO.

Hay palabras que por sí mismas representan una revolución, una época, una historia entera, y tal sucede con esta palabra *clásico*. Por muchos siglos, significó ella en literatura, "la reunión de todas las cualidades que forman á un escritor de primer orden en su género." *Autor clásico* valía tanto, como escritor antiguo, aprobado, y constituía una especie de autoridad en la materia. Homero, Aristóteles, Platon, Sofocles, Demóstenes, &, entre los griegos; Virgilio, Horacio, Catulo, Tibulo, Ovidio, Juvenal, Persio, Marcial, Plauto, Terencio, Claudio, Petronio, Tito Livio, Tácito &, entre los latinos, fueron autores comprendidos en la designación de clásicos; porque se reputaban modelos en los géneros que cultivaron, y pasaron á la posteridad como dechados perfectos de bien decir y fuentes puras de los respectivos idiomas en que escribieron.

Desde la antigüedad fué ya una cosa recibida entre los literatos este concepto, y Horacio lo manifiesta claramente cuando encarga á los Pisones que nunca dejen de las manos, noche y día, los escritos inmortales de los poetas griegos. Los modernos transmitieron y observaron esta máxima por diez y siete siglos, y es un hecho que la literatura griega y latina son las literaturas madres, las que produjeron, impulsaron y condujeron á la mayor elevación, la literatura europea. Demóstenes y Ciceron tienen una línea tradicional en los Padres de la Iglesia y oradores cristianos; línea que puede reconocer fácilmente quien haya leído algo á San Juan Crisóstomo, San Agustín y Bossuet. Homero fué reproducido por Fenslen; Teocrito y Virgilio, por Gesner y Garcilaso; Esopo: Pedro por Lafontaine y Samaniego; Horacio por Boileau, Peres-Camino y Martínez de la Roca.—Cornaille, Racine y Moliere no nos permiten olvidar á Sofocles y Eurípides, á Plauto y á Terencio. Abrimos la historia de Rollin y volvemos una mirada pa-

ra encontrar á sus maestros en Tácito y Tito Livio. En sumo, casi no podemos abrir una producción de los siglos modernos hasta el XVII, sin encontrar huellas, recuerdos de la literatura antigua. Por esta razón los antiguos llevaron el nombre de clásicos, y granjearon también este título aquellos escritores modernos que supieron elevarse á la perfección de sus modelos, tales como Milton, Pope, Klopstork, Alfieri, Dante, los dos Corneilles, los dos Rosines, Moliere, Crebillon, & &.

Mas en el XVIII empezó á difundirse una idea poco favorable á la conservación de esta autoridad tradicional: se tuvo á poco la reproducción de los antiguos cuadros: llegó á creerse que era mengua del genio conservar por mas tiempo este respeto inviolable á los escritores de primer orden. He aquí el principio encubierto de una revolución literaria que mas tarde habia de poner en acción á todos los espíritus. Creyóse llegada la hora de emancipar el ingenio y la literatura moderna, y á pocos pasos pesaron como yugos tiránicos la Poética de Aristóteles y la Epistola de Horacio á que posteriormente se ha llamado también arte poética.

Como llevaban el nombre de clásicos los escritores de primer orden en todos géneros, se buscó una denominación particular para la nueva literatura que habia de aparecer como una soberbia rival de la literatura antigua: se la llamó pues *romántica*. De aquí el origen del *clasicismo* y *romanticismo*. La lucha entre ambos estuvo sostenida primero por el espíritu de novedad, después por el espíritu de secta y mas tarde por la falta de talentos y de genio unida con el empeño de brillar, creándose una boga momentánea.

Apenas iniciada la revolución literaria que nos ocupa, se dió el nombre de románticos á todos los escritores que, abandonando las huellas de los antiguos y hasta sus preceptos literarios, se lanzaron en la carrera de las novedades; y se reservó el de clásicos para los escritores que no participaban de estas innovaciones literarias improvisadas con osadía por los partidarios de la escuela romántica. Trabóse entre ambos una guerra inmoral que, comenzando en las ideas, acabó en las pasiones, é iniciándose con argumentos, regeneró en diatribas. Sin atenerse á principios fijos y de común aceptados, cosa indispensable para regularizar la contienda, cada escuela lo explicaba todo en el sentido de su progra-

ma; cada escuela se atribuía lo mas ilustre que contaba la literatura. Los mismos románticos, que hacían cierto alarde de despreciar á los antiguos, no tuvieron embarazo en calificar de romántico lo mas admirable de la antigüedad clásica. Todo lo que hay de bello y verdadero en las literaturas antigua y moderna, es romántico, decían unos; la *Iliada* y el *Edipo*, la *Encida* de Virgilio y las *Odas* de Horacio, el *Cid*, *Cina*, y *Atalia* no eran menos románticos que el *Paraiso perdido* de Milton, la *Mesiada* de Klopstock, el *Hamlet* de Shakspeare; y el *Guillermo Tell* de Schiller. Véase pues como en esta primera época del debate los románticos, eliminándolo todo y analizándolo todo, llegaron á esta idea: "lo que es bello es romántico; lo que es deforme es clásico."

No era facil que subsistiera semejante concepto ni aun en la misma escuela que lo propalaba: quien todo lo quiere, todo lo pierde; y los románticos estuvieron en la alternativa de transigir, ó espirar en su cuna. Dióse pues otro paso: se hizo figurar la cuestión bajo una forma muy diferente, abandonando la perfección y marchando á la originalidad. Los románticos no disputaron á los clásicos la primera, pero quisieron hacerse dueños exclusivos de la segunda; y su tema polémico fué ya desde entonces el siguiente: "Todo lo que es original es romántico; todo lo que es copia ó imitación es clásico." Podía pasar con cierta boga esta división en el entusiasmo de la novedad que tan vehementemente agitaba á las nuevas escuelas; pero no se necesitaba sino de hacer algún lugar al frío y severo raciocinio, para que apareciese la futilidad y aun el ridículo de semejante concepto. La invención y la imitación son cosas tan antiguas como la literatura: en todos tiempos han aparecido genios de primer orden que sorprenden al mundo con sus conceptos originales, y talentos de alto rango que, sin aspirar al mérito de una novedad absoluta, se han contentado con imitar y embellecer sus copias. Homero y Virgilio, Píndaro y Horacio son una prueba histórica de lo vago, trivial y falso de aquellas definiciones.

Como sucede en todas las cosas, llegó al romanticismo su época de filosofía y de crítica, sucediéndose la observación al entusiasmo. Empezóse á ver la cuestión bajo un aspecto más positivo con el objeto de obtener resultados más fijos y preparar aplicaciones más interesantes. Débese á Madama de Stael el homenaje de reconocerla como la primera que in-

trodujo una idea entre la inmensa palabrera de que el romanticismo al nacer, ya estaba lleno. En su libro titulado "De la Alemania" que fué, como observa Deschamps, el precursor y el primer órgano de la nueva literatura, pronunció dos palabras que mas tarde representaron dos partidos. Según ellas lo que distingue lo clásico de lo romántico, es que "en el primero domina la Suerte; en el segundo la Providencia." Esta frase contiene implícitamente un gran concepto: podría traducirse del modo siguiente: "La literatura romántica es la literatura del cristianismo, mientras que la clásica es la del paganismo." En éste la Suerte, el Destino, la Fatalidad, eran divinidades que presidían á las acciones humanas, que las prevenían en el gran libro del destino, y cuya realización en la tierra ordenaban irrevocablemente los Hados. Mas en el cristianismo la Providencia prevee las acciones de los hombres sin destruir su libertad; vela incesantemente sobre ellos, y nunca deja de proteger la virtud, castigando tarde ó temprano los vicios y los crímenes que algunas veces aparecen triunfantes.

A ejemplo de madama de Stael, aunque no en el mismo sentido, Carlos Nordier suministró nuevas observaciones á este propósito, aunque no por esto dió un carácter definitivo y enteramente determinado á las ideas de ambas literaturas. Oigámosle á él mismo: "Clásico y romántico son expresiones enteramente idénticas con estas otras, antiguo y moderno. Hay una literatura de la antigüedad, la bella literatura de los griegos, la de los hermosos días de Roma; hay una literatura moderna, la de los Schiller y Klopstock, la de los Milton y Shakspeare, de los Camoes y Lope de Vega, de los Tarsos y Petrarcos."

Esta división, poco precisa sin embargo, conviene á to los los partidos: veamos ahora como Nordier descende á las aplicaciones de su teoría, comprendiendo en ellas las cuestiones pendientes. Según él, la imitación pierde á la literatura, y toda literatura que imita la antigüedad, no es una literatura propiamente dicha. Así es que al cabo de dos siglos los franceses no tienen una literatura, según el autor citado: porque Racine tradujo la antigüedad, Corneille imitó la antigüedad, Voltaire continuamente ha remedado la antigüedad; Juan Bautista Rousseau copió la antigüedad, y Juan Santiago mismo ha tenido siempre á la vista los ejemplos de la antigüedad.

Siguiendo el curso de esta idea, Nordier critica muy acremente la educación literaria de su país; y para él los griegos y romanos hicieron morir en el espíritu francés sus instintos monárquicos y religiosos, y prepararon para el siglo XVIII la gran catástrofe que inmoló al mismo tiempo el trono, el altar y las costumbres.

San Salvador, Junio de 1884.

JUAN BERTIS.

Los siglos paganos.

(Conclusión.)

Pero lo que es horrible decir, es que todas esas indignidades de la esclavitud, todo eso que acabo de referir, todo era sencillo, natural y conforme con el lenguaje de las leyes. Estas decían al hablar del esclavo: *Nullum caput habet*. Es una cabeza que no se cuenta; es una cabeza servil para la cual no existe derecho: *Servile caput nullum jus habet*. No hay obligación posible con un esclavo: *In personam servilem nulla cadit obligatio*. No puede deber nada, ni tampoco pueden deberle: *Nec servus quidquam debere potest, nec servo potest deberi*. En una palabra, no existe para la ley; es como si estuviera muerto: *Servitus mortui asimilatur*. Para él, pues, no hay estado civil, ni propiedad, ni matrimonio, ni paternidad. "Decís que es padre; pero es un esclavo: *Quen patrem, qui servus est*." No, el esclavo no es padre, ni madre, ni hijo, ni esposo á los ojos de la ley; entre esclavos los lazos de la sangre nada tienen que ver con las leyes: *Ad leges cognationes serviles non pertinent*. ¿Qué acción quereis que tenga ante la justicia? Un esclavo no puede pleitear ni citar testigos; eso es imposible: *Servum hominem causam orare leges non sinunt, neque dictio testimonii est*. Pero en cambio á él sí que se le puede citar; no porque su palabra tenga ningún valor, sino porque sus lamentos dirán alguna cosa, y se le hará gritar en el tormento. ¡El tormento! He ahí el único testimonio que se puede aceptar: *Sine tormentis testimonium ejus credendum non est*.

Después de semejantes citas y de tales hechos yo pregunto ahora: ¿Qué pueden importarme algunas palabras de Eurípides ó de algunos otros poetas y filósofos, que se elevan hasta pensar que se debe tener presente que en el esclavo hay un hombre?

¿Quereis saber por último cual es el precio de tarifa para un esclavo en la aduana? El mismo que el de un buey ó de un asno. Y si le mata alguno que no sea su amo, ¿quereis que os diga qué multa debe pagar? La misma que si se tratara de un buey ó de una mula.

La verdad es, así lo dice Séneca, que todo era permitido con los esclavos: *Quin omnia in servum liceant*. Por el prodigioso desprecio que inspiraban considerábaseles como una especie de hombres excepcionales, *quasi secundum hominum genus*, nacidos para sufrirlo todo: *per fortunam in omnia obnoxii*. Bien lo expresan aquellas increíbles palabras que la lengua creó precisamente para pintar la abyección y opresión de esta clase miserable: raza buena solo para la cadena, *ferratile genus*; delicias de las varas, *virgarum deliciae*; cosecha de latigazos, *stimulorum seges*; hombres de baquetas, *plagipatide ferri-tribacis viri*: no sé como traducirlo.— ¿Deberemos, pues, admirarnos de que cuando se trataba de crucificar á un esclavo bastase decir el *sic volo, sic jubeo*: así lo quiero, así lo mando?

Y ¿qué decía la filosofía en presencia de todas esas cosas? Preciso es confesarlo ruborizándonos por ella: todas las escuelas filosóficas han elogiado la esclavitud, tal como la practicaron todos los filósofos. Platon, en nombre de la necesidad política, decía que se necesitaban esclavos para el trabajo á fin de que los ciudadanos disfrutasen de las comodidades de la vida libre. Aristóteles, en nombre del derecho natural, exclamó: "La naturaleza exige que haya esclavos;" y deduce por extenso las razones en el libro primero de su *Política*. Citaré aquí á Cochin, autor de una magnífica obra que se publicó últimamente, titulada *Sobre la abolición de la esclavitud*, donde dice: "Epicuro en nombre de la voluptuosidad, Zenon en el de la indiferencia estoica, Tucídides en el de la historia y Jenofonte en el de la economía social, defendían la esclavitud. Epicteto, antiguo esclavo, que condena la dureza de los amos para con los esclavos, se muestra luego insensible á los males de sus semejantes. Aristófanes cree "chistoso" haber cernos ver que Caronte no les admitía en su barca, y el viejo Hesíodo escribió con la mayor indiferencia que el esclavo es al rico lo que el buey al pobre. En Roma, Caton compara á los esclavos con el ganado viejo de su establo. —Ciceron se excusa por haber sentido demasiado la pérdida de un esclavo; Plinio los compara con los abejorros, Lucrecia apenas se ocupa de ellos y Horacio se burla, en tanto que Séneca y Marco Aurelio les ofrecen consuelos estériles. Últimamente, Varron los enumera entre los instrumentos de labranza como lo hace con la carreta y los bueyes, "con la única diferencia de que los esclavos hablan, los bueyes mugen, y la carreta no dice nada."

A par de la esclavitud existía antes del cristianismo otra cosa horrible, mas espantosa aun: eran los juegos del circo y las luchas de gladiadores.

Ver á hombres matarse entre sí ó ser devorados por las fieras, era la gran fiesta, la suprema delicia del pueblo rey. El romano no reconocía placer mas dulce, y bajo de la abyecta tiranía de los emperadores solo pedía dos cosas en cambio de la libertad: pan y juegos, *panem et circenses*. La magnificencia romana nada perdonó para construir esos inmensos recintos donde miles de espectadores podían disfrutar de aquel horrible placer.

"Detestables juegos, dice un padre de la Iglesia, combates terribles donde los espectadores solo se interesan por las fieras, mostrándose mas descontentos que ellas cuando la presa humana se escapa y y huye, por el contrario, aplaudiendo satisfechos cuando la víctima es cogida, cuando ven sus miembros palpar entre los dientes que los desgarran, y la arena cubierta de sangre. Benévolos para con los tigres, excitaban su furor como si fueran á cebarse con ellos en la carne y la sangre del hombre." (1)

Hé ahí los juegos para los cuales los procónsules de las provincias lejanas or-

(1) San Gregorio Nacianceno.

deban grandes batidas, prohibiendo terminantemente matar las fieras: era necesario cogerlas y guardarlas vivas (2) para que bebiesen en los anfiteatros romana la sangre de los hombres ante los aplausos del pueblo.

Etibat humanum, populo plaudente, cruorem.

Y había entre todos aquellos cónsules, patricios y ediles, entre todos aquellos candidatos al favor del pueblo y del imperio, una espantosa emulación en presentar más fieras y hacer desgarrar más hombres.

Su hábito sacar al circo cien leones de larga melena; César cuatrocientos; Pompeyo, llamado el Grande, seiscientos, y Augusto se redujo á cuatrocientas veinte panteras y treinta elefantes. Hubo luchas de fieras y de hombres que se prolongaron cinco ó seis días sin interrupción.

Los combates de hombres contra hombres eran todavía más terribles, y arrojaban á los gladiadores en la arena á cientos y á millares. César, para celebrar ciertas fiestas, hizo pelear seiscientos cuarenta en trescientas veinte parejas. Pero esto no es nada todavía. Tito,

Tito, la esperanza del mundo y el amor de los romanos,

hizo durar cien días las fiestas de su triunfo; cien días, durante los cuales tuvieron que degollarse millares de hombres en honor del príncipe y por el placer de los romanos. El buen emperador Trajano prolongó las fiestas hasta ciento veintitres días é hizo combatir diez mil hombres; Adriano se limitó á seis días. Cómodo ordenó mas de mil de aquellos combates, y necesitaba verlos hasta á las horas de comer á fin de disfrutar de todos los placeres á la vez. Ahí reunía á los gladiadores con las cortesanas. El viejo Gordiano, antes de ser emperador, daba doce espectáculos al año, uno mensual, de ciento cincuenta á quinientas parejas cada vez. En Roma hubo mes en que se mataron mas de veinte mil hombres para divertir á los demás. Claudio, que no era malvado, no podía privarse de semejantes funciones, y le gustaba que los gladiadores combatesen sin caso, á fin de que tanto él como el pueblo vieran el rostro de los moribundos: *Ut expirantium facies videret*, dice su historiador.

El entusiasmo del pueblo en aquellas funciones era indescible. Allí estaba Roma entera; el emperador presidía, y los gladiadores, al pasar delante de él, inclinábanse diciendo: ¡César, los que van á morir te saludan! Los primeros puestos se reservaban para los caballeros y senadores, y también para las vestales. A cada golpe levantábase el pueblo, y cuando

el acero se hundía en la garganta, estremecíase todo de gozo: ¡Ya tiene! ¡ya tiene! exclamaban. Y cuando el vencedor, teniendo al vencido bajo las rodillas con la espada sobre su pecho, esperaba la orden del pueblo, las vestales, así como los demás, alzaban ó bajaban el pulgar para ordenar la vida ó la muerte, pues esta era la señal suprema. Si el gladiador vacilaba ó combatía flojamente, enfurecábase el pueblo, pues esto era injuriarle, robarle su diversión, su placer; y entonces de todos los puntos del anfiteatro partían estos gritos: ¡Hiere! ¡Mata! ¡Quema! ¡Occide! ¡Verbera! ¡Ure! Es necesario comprender el sentido de esta última palabra de Séneca, *ure*, y vamos á explicarlo. En las barreras del circo había unos guardas que con un hierro candente en la mano obligaban á golpes á los combatientes perezosos á lanzarse en la arena, aguijonéandolos sin cesar. Preciso es convenir no obstante que esto era raro, pues el gladiador no ignoraba lo que debía á tan gran pueblo, y una vez caído dirigía animosamente la punta de la espada contra su garganta ó su pecho. Pero entre todos esos horrores hay uno que me ha impresionado mas que todos. Hele aquí.

Terminado el día y al llegar la noche, cuando todos esos cuerpos heridos y moribundos yacían aun por la arena, penetraban en el circo varios hombres armados con un hierro candente, y á golpes remataban á las víctimas; si encontraban alguna que se obstinaba en vivir la llevaban arrastrando con garfios á un antro *ad hoc*, que se llamaba el *spoliario*, y allí varios jóvenes gladiadores, aprendices del oficio (*tirunculi*), acababan de matarlos á estocadas y puntapiés (*confectores*) para ejercitarse.

Y entre tanto César con sus senadores, caballeros, vestales y pueblo se iban alegres y satisfechos.

Tales eran las diversiones y mas gratas delicias del pueblo rey; y esto no solo en Roma, sino también en todo el imperio, en la Galia, España, Grecia, y Asia; en todas partes necesitaba el romano el circo, las luchas de gladiadores y de fieras; y los restos de sus anfiteatros, que aun permanecen en pié en todas las comarcas del antiguo mundo, atestiguan esa suprema pasión por la sangre y el asesinato.

Todos esos horrores, ya lo he dicho, eran sancionados por las leyes; y los sabios y los ingenios de aquella época, tales como un Ciceron y un Plinio, opinaban que todo eso era una noble institución, y una disciplina excelente para fortalecer al pueblo contra el dolor.

Por lo demás, y con esto concluyo, concebidas son las máximas del más clemente de los emperadores, de un Marco Aurelio, quien declaró sin rodeos que compartir la desgracia y llorar con los que lloran es una debilidad. Preciso es convenir que eso está muy lejos del *beatitudo lugent* del Evangelio, y el *flere cum flentibus* de san Pablo!

Por eso no debemos extrañarnos de los máximas de un Séneca que no vacila en decir que la misericordia es un vicio del corazón: *Misericordia animi vitium est.*

Misericordia animi vitium est.

A Nerón es á quien dedicaba estas hermosas máximas el moralista mas célebre de la antigüedad. Yo la citaré taxativamente, y cada cual podrá leerlas como yo en su tratado *De la clemencia*.

"Misericordia animi vitium est. La misericordia es un vicio del corazón, y así los hombres honrados la evitarán cuidadosamente: *Boni misericordiam vitabunt.* No se encuentra las mas veces sino en los hombres sin virtud: *Lessimo cuique familiarissima.*" Por último, resuelve filosóficamente la cuestión con este rasgo: "El verdadero sabio no tiene piedad: *Sapiens non miseretur.*"

Ciceron, en su defensa (*Pro Murena*), hablando de Zenon, á quien llama un hombre de gran genio, y de los estoicos sus sectarios, entre los cuales comprende á Catón, nos asegura que entre los principios y los preceptos del estoicismo deben contarse estos: "Que ninguno es compasivo, á menos de ser UN NECIO ó UN ATOLONDRADO; que el hombre que es verdaderamente hombre nunca se conmueve ni enternece; y en fin que es un crimen y una felonía prestar oídos á la compasión.

Y el mismo Ciceron en sus *Tusculanas* no sabe definir la misericordia sino con estas equívocas palabras: "*Miseratio est aegritudo ex miseria alterius.*" Por mi parte solo puedo ver en esto una debilidad involuntaria en que para nada entra el corazón.

Dije anteriormente que Virgilio cuenta entre las condiciones de felicidad en la vida campestre el estar libre de la visita importuna de los pobres: *Nec miseratus egentem est*; pero es preciso añadir que á la misma sabiduría filosófica de un noble campesino atribuye Virgilio el mérito de no tener compasión para el pobre ni envidia para el rico:

*Nec ille
Aut doluit miserans inopem aut invidit habenti.*

Todo esto embarga el alma de tristeza profunda; pero es útil recordarlo en un siglo en que al parecer se olvida demasiado de qué abismo sacó Jesucristo á la humanidad.

¡Tales eran, pues, las consecuencias de la depravación primitiva en el corazón de los hombres, y de los mejores y mas sabios! Puede decirse que les faltaba el lenguaje para expresar sus pensamientos, para arrojar algún rayo de luz, en aquel prodigioso extravío, y hacerles entrever, al menos en las palabras con que nos expresamos nosotros, y que nos parecen vulgares porque estamos acostumbrados á ellas, las virtudes que podían salvarles.

Curioso y triste es observar que la palabra *Humanidad*, esa palabra tan grande entre nosotros desde el cristianismo, *Humanitas*, no significaba las mas veces entre los paganos sino cortesías ó buenos modales . . . y que *Charitas*, ese nombre que ha llegado á ser sobria en la lengua cristiana, casi nunca significaban entre los griegos mas que gracia ó elegancia, y entre los romanos en los últimos tiempos el afecto que se profesa á los parientes y amigos.

(2) Boucher, *Roma en tiempo de Augusto*, t. III, p. 101. — El hábito á ser el monopolio del anfiteatro por las fieras, que un león ó una pantera, bajado por los desiertos de Africa, se consideraban como cosas sagradas que debían respetarse aun á riesgo de la vida. Cierta emperatriz, prefiriendo en fin esta plaza á la vida de sus súbditos, mandó al hombre matar un león por el sendero. El animal era ya un progreso; y se necesitó un Justo para permitir cazarlos y venderlos, haciendo caer por completo la inviolabilidad de las fieras [Chambray, *La caridad cristiana*, p. 33].

En toda la antigüedad griega y latina apenas se encuentran algunos ejemplos en que dichas palabras tengan un sentido más generoso.

Todo estaba, pues, perdido, todo desesperado para la humanidad y la virtud sobre la tierra: el egoísmo, el orgullo, el desprecio del hombre, la aversión al pobre, la pasión por el asesinato, la afición á la sangre en infames diversiones reinaban sin obstáculo, hasta que se presentó Jesucristo para renovar la faz del mundo.

DESCRIPCIÓN DE LA PERSONA de JESUCRISTO.

Una carta que el Cónsul Léntulo dirigió al Emperador Octaviano, hallada en los Anales romanos y traducida fielmente de un antiguo y curioso Breviario, custodiado en la Biblioteca Nacional de Madrid, referente á la persona, carácter y cualidades del Hijo de María, lo describe en los términos siguientes:—

“LÉNTULO A OCTAVIANO, SALUD.

“En nuestros tiempos ha aparecido y existe todavía, un hombre de gran virtud llamado JESUCRISTO, y por las gentes *Profeta de la verdad*.

“Sus discípulos le apellidan *Hijo de Dios*, el cual resucita á los muertos y sana á los enfermos.

“Es de estatura alta, más sin exceso; gallardo; su rostro venerable, inspira amor y temor á los que le miran. Sus cabellos son de color de avellana madura y lasos ó sea lisos, casi hasta las orejas, pero desde éstas un poco rizados, de color de cera virgen y muy resplandecientes; desde los hombros, lisos y sueltos, partidos en medio de la cabeza, según costumbre de los nazarenos.

“La frente es llena y muy serena, sin la menor arruga en la cara, agraciada por un agradable sonrosado. En su nariz y boca no hay imperfección alguna.

“Tiene la barba poblada, más no larga, partida igualmente en medio, del mismo color que el cabello, sin vello alguno en lo demás del rostro. Su aspecto es sencillo y grave, los ojos garzos, ó sea, blancos y azules claros. Es terrible en el reprender, suave y amable en el amonestar, alegre con gravedad.

“Jamás se le ha visto reír, pero llorar sí.

“La conformación de su cuerpo, es sumamente perfecta; sus brazos y manos son muy agradables á la vista.

“En su conversación es grave; y, por último, es el más singular y modesto entre los hijos de los hombres.”

Sensible pérdida.

La que hemos tenido con el fallecimiento del señor don Luis de Ojeda, ha conmovido á la sociedad salvadoreña. Nada más justo: fué bueno en la tierra y deja en pos de sí una huella de profundo sentimiento, entre sus deudos que le amaron, entre los que le trataron y tuvieron por tanto ocasión de conocer su afabilidad y nobles sentimientos, entre los desvalidos á quienes supo socorrer con mano bienhechora y, en fin, entre todos los salvadoreños que lo supieron querer y respetar.

La Junta de Caridad, en atención á que era miembro de la Directiva del Hospicio, á los servicios que prestó en las obras de beneficencia y al país en general, ya que pertenecía á una familia que se ha distinguido por su amor al Hospital, al que jamás fué indiferente, dirigió á ésta el mas sentido pésame, por medio de una expresiva comunicación.

Nosotros, por un sentimiento leal y no por vana cortesía, nos unimos sinceramente á la condolencia común y rogamos al Supremo Arbitro de nuestros destinos que conceda al finado un lugar en la mansión de los justos, en recompensa de sus virtudes.

Legado.—Ante ayer recibió el Hermano Mayor de la Junta de Caridad una atenta comunicación del Señor Don Mariano Dorantes y con ella la suma de trescientos pesos, valor de un legado que su finado hermano, Don Luis de Ojeda, asignó al Hospital en su testamento.

Este hecho revela los sentimientos caritativos de su autor y la justicia con que ha procedido la sociedad salvadoreña y la prensa de esta capital al expresar, con sentidas y elocuentes palabras, el justo dolor que ha causado la muerte del Señor de Ojeda.

Tuvo una ardiente voluntad para hacer el bien.

El chapulín sigue devorando nuestras sementeras. Hay quienes crean que pagándose más ó menos á peso la arropa del que se capture en pocos días no quedaría uno solo. No sería malo probar, que en caso de ser cierto, esto traería la ventaja de poderse enterrar, evitándose los males que se siguen cuando queda insepulto: si ni aún así se destruye bien la merecemos por indolentes. Está visto que cuantas providencias se han dictado antes de ahora han sido ineficaces.

A propósito.—“La Crónica” de los Angeles, California, dice que en Wilmington cayó un aguacero de ranas, y que los habitantes de aquella afortunada comunidad las cogieron y las hicieron desaparecer.

De las delicadas poesías de GUSTAVO ADOLFO BECQUER, tomamos la siguiente:

I.

La niña tiene un amante
que escudero se decía;
el escudero le anuncia
que á la guerra se partía.
—Te vas y acaso no tornes.
—Tornaré por vida mía.
Mientras el amante jura
diz que el viento repetía
*¡Mal haya quien en promesas
de hombre fía.*

II.

El conde con la mesnada
de su castillo salía;
ella que le ha conocido
con grande aflicción gemía:
—¡Ay de mí que se va el conde
y se lleva la honra mía!
Mientras la cuitada llora,
diz que el viento repetía
*¡Mal haya quien en promesas
de hombre fía!*

III.

Su hermano, que estaba allí
Estas palabras oía
—Nos has deshonrado, dice.
—Me juró que tornaría.
—No te encontrará si torna
donde encontrarte solía.
Mientras la infelice muere
diz que el viento repetía
*¡Mal haya quien en promesas
de hombre fía!*

IV.

Muerta la llevan al soto,
la han enterrado en la umbría;
por mas tierra que la echaban,
la mano no se cubría:
la mano donde un anillo
que le dió el conde tenía,
De noche sobre la tumba
diz que el viento repetía
*¡Mal haya quien en promesas
de hombre fía.*

Pensamientos.

Toda comparación de persona á persona, ó de lugar á lugar, es siempre odiosa y mal recibida.—(Cervantes.)

Abstente de palabras duras y mordaces; y si se te ha escapado alguna, apresúrate á aplicar con tus propios labios el remedio á las heridas que hubiese causado tu lengua.—(San Agustín.)

En punto á imperfecciones, somos linces para ver las ajenas y topos para ver las propias.—(San Francisco de Sales.)